

La Época, Santiago de Chile  
23 de enero de 1994

Eduardo Labarca

Desde Ciudad de México, 23 de enero de 1994

### **Gracias a los zapatistas...**

Si en la madrugada del Año Nuevo el misterioso comandante Marcos y cientos de zapatistas no hubieran atacado el cuartel de la 31a. región militar, en Rancho Nuevo, estado de Chiapas, probablemente las cámaras de Televisa no habrían mostrado con la asiduidad de los últimos días al presidente mexicano Carlos Salinas de Gortari. Porque de acuerdo con un libreto que se repite al término de cada sexenio, quiere la tradición mexicana que proclamado el candidato del PRI (Partido Revolucionario Institucional), el presidente saliente ceda todo protagonismo al que habrá de ser su sucesor.

Si centenares de indios tzotziles, tzeltales y tojolabales armados de escopetas, rifles de madera, machetes, palos y garrotes con clavos no hubieran asaltado San Cristóbal de Las Casas y si en esa ciudad el Ejército Zapatista de Liberación Nacional no hubiera dado a conocer su *Declaración de guerra* al Gobierno, Televisa habría seguido con sus cámaras apuntadas al señor Luis Donaldo Colosio, como lo venía haciendo desde el domingo 28 de noviembre. Ese día, que el comentarista estrella de Televisa, Jacobo Zabludowsky, calificó de "histórico", el presidente Salinas de Gortari había "destapado" ante un dócil rebaño de dirigentes del PRI el nombre del elegido que habría de sucederlo: Luis Donaldo Colosio. La noticia opacó de inmediato las informaciones sobre la recién inaugurada VII Feria del Libro de Guadalajara, manifestación de profunda trascendencia cultural, a la que asistía el autor de este artículo.

Si en Ocosingo los zapatistas no hubieran atacado para Año Nuevo el cuartel policial y la tienda *La Suriana* y si no les hubieran allegado fuego a los juzgados y al Palacio Municipal, los mexicanos habrían seguido mirando plácidamente, como capítulos de una telenovela, los reportajes de Televisa sobre la niñez del candidato Colosio en la localidad sonorenses de Magdalena de Quino, sus comienzos como locutor en la radioemisora local y su ascenso político hasta ocupar la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol) y finalmente recibir la gracia de la candidatura presidencial.

"Estamos jodidos y tenemos hambre, pero peleamos", declaró en San Cristóbal un zapatista con el rostro cubierto por un pasamontañas. Al día siguiente, Televisa y la prensa oficialista admitían que en el estado de Chiapas de cada tres menores dos padecían malnutrición y uno de cada tres adultos era analfabeto.

Si los zapatistas no hubieran dado asalto también a los edificios que simbolizaban el poder en las localidades de Oxchue, Las Margaritas, Chanal del Carmen, Altamirano y Huixtan, los mexicanos habrían seguido a la espera del momento en que el candidato Colosio, ciñéndose a un guión repetido hasta la náusea, dejaría de alabar a su progenitor --es decir al presidente Salinas-- y del instante no menos previsto en que comenzaría, sesgadamente primero y luego de manera más frontal, a criticarlo.

El alzamiento zapatista tomó a todo el mundo por sorpresa. Pero como siempre, abundan quienes ahora dicen que los hechos eran previsibles, inevitables. Hace casi cinco siglos, cuando la compleja sociedad indígena de México se derrumbaba a poco de llegar las naves de Hernán Cortés, abundaron también entre los vencidos las explicaciones tardías de ese drama: un indio recordaba haber oído a un jaguar urgiéndolo con voz de niño a que huyera sin mirar atrás, otro había tropezado con una piedra que lo miraba con ojos fulgurantes, otro había visto a los magueyes llorando y muchos habían oído truenos o presenciado eclipses, estallidos, lluvias de estrellas, y el propio emperador Moctezuma había recibido en sueños el anuncio. Del mismo modo, muchos de los que hasta el 31 de diciembre nada veían ahora ven el atraso endémico y los contrastes sociales extremos de los Altos de Chiapas y coinciden en que tal situación sólo podía augurar un estallido. Revivense con insistencia los hechos premonitorios que anunciaban lo que venía: el choque de una patrulla militar con un grupo armado, el 31 de mayo del año pasado; el descubrimiento de huellas de un campo de entrenamiento guerrillero; el robo de varios camiones antes del 31 de diciembre... Se reconoce que en la zona perdura la misma opresión racial que en tiempos de la colonización española estigmatizó el obispo de Chiapas fray Bartolomé de Las Casas. Se admite que los indígenas y campesinos pobres han sido privados de sus tierras y arrinconados en la miseria extrema por los potentados locales: hacendados, ganaderos, madereros. Se murmura que el sistema despótico de Chiapas descansa en el maridaje estrecho entre esos potentados y la máquina de poder del PRI, con su red de burócratas corrompidos y caciques locales.

Si no hubiera sido por los indígenas que murieron con las manos atadas a la espalda y el tiro de gracia en los mercados de Altamirano y Ocosingo, por los alzados que han muerto combatiendo en los días siguientes y los campesinos alcanzados por las bombas de la aviación, y si no fuera igualmente por los soldados --indígenas o mestizos ellos mismos-- caídos en acto de servicio en los Altos de Chiapas, México seguiría siendo el mismo que era hasta el 31 de diciembre. A media voz los mexicanos estarían haciendo cábalas de si el 21 de agosto Colosio ganaría con los votos propios o merced a un fraude. Otros harían conjeturas sobre la fortuna personal de Salinas de Gortari, comparándola con las de los ex presidentes Luis Echeverría, López Portillo y Miguel de la Madrid.

Debido a Chiapas --gracias a Chiapas-- ya no es fácil que las cosas sigan así. México se mira hoy a sí mismo, y América Latina y el mundo --especialmente España-- miran a México. El presidente Salinas de Gortari ha tenido que salirse del guión y decidirse a gobernar con audacia hasta el final. Lejos ha quedado la "cargada", la impúdica carrera de ministros, gobernadores, senadores y diputados que Televisa nos mostraba en los días de la Feria del Libro haciendo cola para ofrecer su apoyo al flamante candidato Colosio. Hoy, el único funcionario que no corrió al besamanos indigno, Manuel Camacho Solís, acapara las noticias tras haber sido nombrado Comisionado para la Paz y la Reconciliación por el presidente Salinas. Como Regente del Distrito Federal, Camacho había demostrado su capacidad para hacer frente a los problemas reales y dialogar con la gente. Fue uno de los "tapados" del prisma, pero Salinas prefirió a Colosio. Hoy Salinas, ante la crisis abierta por Chiapas, decreta un bienvenido cese del fuego y, enhorabuena, anuncia una amnistía y un plan de desarrollo para Chiapas. En su viraje, tiene que recurrir a Camacho para que vaya a apaciguar la zona y negociar con los alzados. Entretanto, el candidato Colosio, habiendo renunciado a su puesto en el gobierno, se ve constreñido a pronunciar discursos y a recordar las asignaciones especiales que en agosto del año pasado distribuyó en persona, como secretario de Sedesol, a doce municipios de los Altos de Chiapas. Esas asignaciones extraordinarias no lograron poner atajo a la revuelta y hoy muchos mexicanos aseguran que, de aquí al día de marzo en que deben inscribirse los candidatos, a la candidatura de Colosio pueden pasarle muchas cosas. Porque nada parece definitivo en México después de lo de Chiapas. Y algo que ya ha pasado es que a raíz de la rebelión zapatista, en esta hora undécima de su sexenio, Salinas se ha resuelto a poner por fin en la Secretaría de Gobernación --ministerio del interior mexicano-- a un hombre honesto: Jorge Carpizo, ex presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos y ex Fiscal General. Sustituye a Patrocinio González Garrido, burócrata priísta que se había hecho de oscura fama precisamente como gobernador del estado de Chiapas.

México es un país al que los latinoamericanos hemos mirado siempre con cariño muy hondo, admiración, respeto. Con sus 85 millones de habitantes, es el país de habla hispana más poblado del planeta. Su historia y especialmente su cultura deslumbrante nos pertenecen a todos. Los legados inmensos de mayas y de aztecas son nuestros. Nuestra es Sor Juana Inés de la Cruz y nuestra su poesía apasionada. Nuestra es la Revolución Mexicana de Zapata y Pancho Villa y nuestros son los murales de Diego Rivera y de Siqueiros, como son nuestras las películas mexicanas, los boleros de Agustín Lara y los mariachis. Nuestros son los pueblos indígenas mexicanos cuyo arte, de colores y formas inigualables, revienta en todos los rincones del país. Nuestros son Rulfo, Octavio Paz --el poeta--, Carlos Fuentes y tantos creadores que dan relieve a la potente y siempre joven cultura mexicana. Nuestras son también las expresiones dignas de la política exterior de México, cuyos gobiernos siempre supieron abrir las puertas a los perseguidos de América Latina y decir una palabra cuando en otros países del continente se imponía la ignominia.

Pero México nos duele también, y mucho. Nos duele que tuviera razón Mario Vargas Llosa cuando dijo que era la dictadura perfecta. Nos duele que algunos de sus intelectuales estén habituados a bajar la voz y ampararse en eufemismos para hablar de la podredumbre del poder priísta. Nos duele que la política interna mexicana esté tan por debajo de lo que ese

gran país eminentemente mestizo y los millones de pobres y los pueblos indígenas que lo habitan se merecen.

Si no fuera por los zapatistas, replegados hoy en la selva Lacandona, México estaría saboreando su ingreso al Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, vale decir, al mundo de los grandes. Pero lo haría llevando a costas la rémora de la segregación económica, social y racial, y de un sistema político autoritario, corrompido, arcaico. El presidente Salinas se prepararía para regresar tranquilamente a casa ante las cámaras de Televisa con la sensación de haber cumplido consigo mismo y con la historia. Pero no. Gracias a los zapatistas, México, sus gentes sencillas --hombres y mujeres, campesinos, indígenas, religiosos, intelectuales, artistas--, la prensa digna encarnada en diarios como *La Jornada* y *El Financiero*, los políticos honestos, se han detenido bruscamente a mirarse a sí mismos y se inclinan por fin ante los males del país para tratar de descubrir sus raíces y encontrar los remedios. Gracias a los zapatistas.